

**Expectación.** V. O. de NATIVIDAD.

**Experiencia.** Conocimiento adquirido por el sentimiento interior, ó por el testimonio de nuestros sentidos. Los incrédulos abusaron de esta palabra, con el fin de desmentir la certidumbre de los milagros en favor de la religión. Nosotros no tenemos, dicen, conocimientos mas ciertos que los adquiridos por la *experiencia*; esta nos convence de que el curso de la naturaleza nunca cambia, sino que permanece constantemente el mismo: luego por mas que se asegure no estamos obligados á creer un milagro, que es una interrupción del curso de la naturaleza ó una derogación de sus leyes, porque la *experiencia* de otro no puede prevalecer á la mía.

Pero es falso que nuestra *experiencia* nos convence de la inmutabilidad del curso de la naturaleza, solamente nos asegura que nunca la hemos visto cambiar. Otros pudieron ver algunos fenómenos que nosotros no vimos: por esto adquirieron una *experiencia* positiva de la interrupción del curso de la naturaleza en lugar de que nuestra *experiencia* no es mas que negativa; esta es una falta de conocimiento ó pura ignorancia, y es un desatino empeñarse en que nuestra ignorancia pruebe mas que el conocimiento positivo de otro.

Nunca experimenté en mí una curación milagrosa, pero sí caigo enfermo y un taumaturgo me restituye repentinamente la salud, ¿no podré yo creer al sentimiento interior de mi curación, porque hasta entonces no hubiese experimentado cosa semejante? Si veo este milagro obrado en otro á mi presencia, ¿no deberé fiarme del testimonio de mis ojos? En materia de milagros, mi *experiencia* negativa no prueba mas contra el testimonio de testigos iludignos, que probaria en los dos casos supuestos contra mi sentimiento interior, ó contra el testimonio de mis ojos.

Cuando un hombre atacado de la gota ó de mal de piedra se queja de sufrir dolores horriblos, si un filósofo le dijese con gravedad: «Yo nunca sufrí semejante mal, mi *experiencia* me prohibe dar crédito á tus lamentos,» se le tendria por un insensato. No se trataria mejor á un negro nuevamente llegado á nuestras costas, que dijese: «Yo he visto el agua constantemente líquida, luego es imposible que se endurezca con el frío.» Discurriendo sobre el mismo principio, un ciego de nacimiento probaria sabiamente que es imposible una perspectiva, porque siempre verificó por el tacto que una superficie plana no produce una sensación de profundidad.

La *experiencia* positiva que hemos hecho de un fenómeno es una prueba sólida de he-

cho, y si se repitió mas que una vez, nos hace capaces de ser testigos de su verdad; pero la falta de esta *experiencia* solo prueba nuestra ignorancia, y es el mayor desatino llamar *experiencia* á la falta misma de *experiencia*. V. CERTIDUMBRE, MILAGRO.

**Expiação.** Acción que consiste en sufrir la pena decretada contra el crimen, ó en satisfacer por el pecado que se ha cometido: así un crimen se juzga expiado con el suplicio del culpable. Jesucristo *expió* los pecados de los hombres, sufriendo la pena que les era debida: en virtud de sus méritos, los padecimientos y la muerte, que son la pena del pecado, son tambien su *expiação*. Según la creencia católica, las almas de los que mueren sin haber dado completa satisfacción á la Justicia divina, despues de su muerte expiarán en el purgatorio lo que resta de satisfacción por su pecado.

**EXPACION.** Se dice tambien de las ceremonias que Dios instituyó para purificar los hombres de sus pecados, como los sacrificios, los sacramentos, y las obras de penitencia. En el antiguo Testamento, *expiação* significa ordinariamente lo mismo que *purificación*.

Entre los judíos habia una *expiação* general para toda la nacion, y *expiações* particulares. La primera se hacia el día 10 del mes *Tisri*, que correspondia á una parte de nuestros meses setiembre y octubre: las ceremonias de esta *expiação* se describen por menor en el libro del Levítico, c. 16. La mas notable era sacar por suerte dos cabrones, de los cuales el uno se inmolaba al Señor; el otro era sobre quien el sumo pontífice pedia á Dios que se descargasen los pecados del pueblo, se le conducia á despoblado y se le ponía en libertad, ó, según opinion de otros, se le precipitaba desde una altura: esto es lo que se le llamaba *cabron emisario*. Véase este artículo. Era el único dia en que el sumo sacerdote podia entrar en el *Sancta Sanctorum*, donde estaba el arca de la alianza: esta se llamaba la *Fiesta del perdón*.

Las *expiações* particulares por los pecados de ignorancia, muertes involuntarias é impurezas legales se hacian por sacrificios, abluciones, aspersiones, etc.

Respecto de unas y otras observa S. Pablo que la sangre de los cabrones y de otros animales no era capaz de borrar el pecado; y que estas ceremonias no eran mas que la figura de la *expiação* de los pecados que se hizo por la sangre de Jesucristo. *Hebr.*, c. 9 y 10.

Por lo mismo en nuestra religion no se *expia* el pecado sino por la aplicación de los

méritos de nuestro divino Salvador. Los sacramentos, el santo sacrificio de la misa y las buenas obras son los medios que Dios instituyó para hacernos esta aplicación.

Las otras ceremonias, como las aspersiones del agua bendita, las absoluciones generales, etc., no son mas que un simbolo y una señal de la purificación que la gracia de Dios obra en nuestras almas: signos establecidos para que nos acordemos de pedir á Dios esta gracia.

No nos pertenece tratar de las *expiações* que estaban en uso entre los paganos.

\* [ Si las *expiações* estuvieron en uso en todos los pueblos, y las tuvieron por objeto tantas religiones diferentes, el fundamento y la razon de este hecho, dice el mismo Voltaire, *Ensayo sobre la Hist. gen. y sobre las cost.* y el *esp. de las naciones*, c. 120, consiste en que el hombre conoció siempre tener necesidad de clemencia. ¿A qué, pues, tantas *expiações*, si nada habia que *expiar*, y tantas hostias, si no existían culpables? » « Luego si se ha derramado sangre, dice M. de Lamenais, *Ensayo sobre la indiferencia*, etc., t. 3, c. 27, y con demasiada frecuencia aun la sangre humana, es por la persuasión que hubo siempre de que el hombre era para Dios objeto de ira, y le debia una grande satisfacción. La conciencia, dispersada en todas partes por la tradición, procuraba por estos medios aplacar al Cielo irritado, y suspender unos castigos cuya justicia conocia. » ]

Los incrédulos modernos declaman frecuentemente contra las *expiações* en general: en su dictamen no son otra cosa que ceremonias absurdas y perniciosas, medios cómodos de contraer deudas y pagarlas fácilmente, recursos para calmar los remordimientos del crimen, y para endurecer en él á los malhechores. Nosotros sostenemos lo contrario.

4º No es inútil que el hombre despues de haber pecado asegure por un rito exterior que se reconoce culpable; que tiene necesidad de perdón, y de que Dios use con él de misericordia. Seria mejor que perdiese la memoria de su falta y sofocase sin ceremonia sus remordimientos? El dolor de haber pecado es un remedio contra la recaída: una ceremonia que excita el hombre á arrepentirse no es absurda ni superflua. Es mas tierna cuando se hace á los pies de los altares por todo un pueblo reunido; confesando que hay necesidad de perdón, se acuerda el hombre de que debe tambien perdonar á sus semejantes: lección que nos dió el mismo Jesucristo.

5º Si un malhechor se persuade de que el perdón de una culpa pasada le da derecho á

cometer nuevos pecados impunemente; si los paganos creyeron que un homicidio podia borrarse por una simple ablución, la grosería de estos errores nada prueba contra la necesidad de las *expiações*. Porque un remedio puede convertirse en veneno por un insensato ó por un furioso, no se sigue que este remedio sea perjudicial en sí mismo.

3º El hombre naturalmente inconstante y débil, sujeto á pasar con frecuencia de la virtud al vicio, y del vicio á la virtud, tiene necesidad de medios para levantarse de sus caídas, y de preservativos contra la desesperación. ¿Qué sería de la sociedad, si el que pecó una vez no tuviese recurso para alcanzar el perdón? Inferiria este que veinte crímenes mas no harian su suerte mas triste ni mas incurable.

4º Nuestros mismos censores citan con elogio á Montesquieu, que dice que una religion como el cristianismo no debe tener crímenes inexpiables, puesto que se funda en la creencia de un Dios que perdona; y por lo mismo debe abundar en medios para la *expiação* de todos los pecados.

5º Por las *expiações* de la ley antigua se advertía al hombre la necesidad de un fiedeliter, cuya sangre pudiese borrar los pecados del mundo: así nos lo hace observar S. Pablo. Las lecciones de los profetas prevenían el abuso que de ellas podian hacer los judíos. Ellos enseñaron con tanta claridad como S. Pablo que el sacrificio de los animales, las ofrendas, etc. no eran capaces de borrar el pecado, ni de aplacar la Justicia divina. *Isaias*, c. 53, anuncia expresamente que la principal función del Mesias seria la de borrar el pecado, diciendo que Dios impuso sobre él las iniquidades de todos nosotros; que si entregaba su vida por el pecado, verá una numerosa posteridad.

Nunca fuc inútil expiar las faltas de ignorancia ó inadvertencia, los homicidios involuntarios y los delitos imprevistos: era un medio de excitar la vigilancia contra las pasiones, y de aumentar el horror al crimen. Por la misma razon, cuando se prueba que un homicidio fuc inculpable ó involuntario, se obliga, según nuestras leyes, al que le ha cometido, á que pida y obtenga indulto.

**Explicite**, claro, formal, expreso, distinto, desarrollado. Se distingue la fe *explicite*, por la cual creemos en Jesucristo con un conocimiento claro de lo que es en sí, de lo que hizo, etc., de la fe *implicita* ó oscura, que pudieron tener los patriarcas y los judíos, á quienes habia Dios revelado sencillamente que el hombre seria redimido, sin decirles el modo.

Como el grado de claridad de la fe es necesariamente relativo al grado de claridad de la revelación, piensan comunmente los teólogos que una fe *implícita* y oscura en Jesucristo fué suficiente para que se salvaran aquellos á quienes Dios no se dignó conceder un conocimiento claro del misterio de la Encarnación y de la Redención. El concilio de Trento, *sess. 6<sup>a</sup>, cap. 2<sup>a</sup>*, dice que antes de la ley y durante la ley Jesucristo, Hijo de Dios, fué revelado y prometido á muchos santos Padres; mas no dice á todos. Es imposible determinar en qué consistía precisamente el conocimiento oscuro y la fe *implícita* en Jesucristo, necesaria á todos.

Por la misma razon podemos distinguir una voluntad de Dios *explicita* y claramente manifestada en su palabra, de una voluntad *implícita*, que solo deducimos por via de consecuencia. Declaró Dios expresamente que quiere salvar á todos los hombres: luego reveló implícitamente que quiere dar á todos medios para salvarse, y que efectivamente los concede. La voluntad de conceder los medios se incluye implícitamente en la voluntad de salvar á todos, de lo contrario esta voluntad no sería sincera.

Segun la doctrina de los teólogos católicos, cualquier cristiano sinceramente sometido á la doctrina de la Iglesia, por el mismo hecho cree implícitamente todo lo que ella enseña. No se sigue de aquí que esta docilidad sea suficiente para salvarse; hay muchas verdades sin cuyo conocimiento no puede el hombre ser tenido por cristiano.

No acaece lo mismo con la pretendida fe *implícita* de un protestante, que se cree en camino para la salvacion, porque cree generalmente todo lo que está revelado en la Sagrada Escritura. Esta fe nada le incomoda, puesto que se reserva el derecho de entender la Escritura, segun le parezca. Al contrario, un católico no tiene libertad de entender como se le antoje la doctrina de la Iglesia. Ella misma que siempre explica su doctrina, y quien enseña á los fieles el modo con que deben entenderla.

**Éxtasis.** Arrobramiento del espíritu, situación en que el hombre está como trasportado fuera de si mismo, de modo que quedan en suspensión las funciones de sus sentidos. *Éxtasis* fué el rapto de san Pablo al tercer cielo. La historia eclesiástica asegura que muchos santos estuvieron en *éxtasis* dias enteros. Es un estado real y demasadamente comprobado para que se dude de su existencia.

Pero la mentira y la impostura pueden imitar la realidad y abusar de cosas por otra

parte inocentes: falsos místicos, entusiastas, fanáticos, fingieron *éxtasis* para autorizar sus delirios. El falso profeta Mahoma persuadió á los árabes ignorantes que los accesos de epilepsia que padecía eran *éxtasis*, durante los cuales recibía revelaciones divinas.

Por lo mismo no se debe dar crédito sin la mayor precaucion á los *éxtasis* de personas que por otra parte parecen buenas y virtuosas. Hubo algunos en quienes se descubrió que lo que se tenía por *éxtasis* era una enfermedad natural, á la cual están mas expuestas las mujeres que los hombres. En orden á esto, debemos seguir á la letra lo que nos dice san Juan en su 1<sup>a</sup> *Epíst.*, iv, 1: « Probad los espíritus para saber si son de Dios. »

**Extranjero.** V. ENEMIGO.

**Extremaunción.** Sacramento de la Iglesia católica instituido para aliviar espiritual y corporalmente á los enfermos. Se les da con diferentes uncciones de óleo bendito por el obispo, acompañadas de oraciones que explican el objeto y fin de este sacramento.

En los escritos de los apóstoles encontró la Iglesia lo que cree y practica respecto á este sacramento. Leemos en la *Epíst.* de Santiago, v, 14: « ; Enferma alguno de vosotros? Haga venir á los presbiteros de la Iglesia, y que oren sobre él, ungiéndole con óleo en nombre del Señor: la oración, unida á la fe, salvará al enfermo; el Señor le aliviará, y si tiene pecados, los serán remitidos; confesad, pues, unos á otros vuestros pecados. »

Conforme á esta doctrina, el concilio de Trento, *sess. 14, cán. 1* y sig., declaró que la *Extremaunción* es un verdadero sacramento, y como tal produce sus efectos. Hay un motivo para pensar que Jesucristo le instituyó y prescribió, puesto que los apóstoles nada hicieron sino de su orden, ó por inspiracion del Espíritu Santo. No es menos evidente que la materia de este sacramento son las uncciones de óleo, y que la forma son las oraciones ó palabras relativas á cada uncion: el efecto que produce es la remision de los pecados y el alivio del enfermo. Santiago designa con claridad los ministros, que son los presbiteros, y da á entender, que solo á los enfermos deba administrarse.

A pesar de la profesion que hacen los protestantes de ceñirse á la Sagrada Escritura, no por eso dejan de refutar este sacramento. Dicen que la Epístola de Santiago no estuvo siempre en el número de los libros canónicos; que se dudó de su autenticidad en los primeros siglos; que la uncion que los apóstoles usaban con los enfermos no tenía mas objeto que restituírles la salud, y que así este rito

no debió conservarse desde que cesaron en la Iglesia las curaciones milagrosas.

En la palabra *SANTIAGO* haremos ver que su Epístola es verdaderamente canónica, y que yerran los protestantes negando su autenticidad. Es una verdadera burla tomar por regla de fe la Sagrada Escritura, y reservarse el derecho de quitar de ella lo que parece conveniente. Aun quando el autor de esta Epístola no fuese uno de los apóstoles, lo sería por lo menos uno de sus discípulos, puesto que es un escritor del siglo I, muy instruido en la doctrina cristiana. Por lo mismo nadie mejor que él puede decirnos el motivo y la intencion con que el fin de restituírles la salud, sino tambien para perdonarles los pecados: sin esto; por qué les habia de mandar Santiago que confesasen sus pecados?

No importa, replican los protestantes; segun el estilo del nuevo Testamento, *perdonar los pecados* no significa frecuentemente sino curar una enfermedad: en este sentido dijo Jesucristo al paralítico, *Mat.*, ix, 2: « Ten confianza, hijo mio, tus pecados te son perdonados. »

Pero la falsedad de esta explicacion es evidente, puesto que, segun la relacion del Evangelista, Jesucristo curó al paralítico, para convencer á los judios de que tenía potestad para perdonar los pecados: esta potestad no era por lo tanto la misma que la de curar, puesto que la una servia para probar la otra. Las palabras con que Jesucristo concedió á los apóstoles la potestad de curar las enfermedades, tampoco son las mismas que las que les dijo cuando les concedió la potestad de perdonar los pecados. *Mat.*, x, 1; *Joan.*, xx, 23.

Mosheim dice que manda Santiago á los enfermos confesar sus *pecados*, porque estaba persuadido de que la mayor parte de las enfermedades eran castigo de los pecados. Si este motivo fuese cierto, siempre que los apóstoles quisieron curar á los enfermos, les habrían mandado la misma confesion, y no hay prueba ninguna de que lo hayan hecho así. Observa que Santiago atribuye la curacion de la enfermedad á la oracion hecha con fe, y no á la uncion; de donde infiere que no hay motivo para atribuir á esta ceremonia una virtud santificante. Pero si la uncion no contribuyese en nada al efecto que debía seguirse, sería inútil, y Santiago no debia recogerla. Este es el modo con que los protestantes dan vueltas y revueltas á la Sagrada Escritura segun su antojo. *Inst. Hist. christ.*, *sec. 1, 2<sup>a</sup> part.*, c. 4, § 16.

Como el sacramento de la *Extremaunción* es el último que recibe un cristiano, no se administra sino á los que están en el artículo ó peligro de muerte. Antes del siglo XIII se llamaba *uncion de los enfermos*, y se administraba antes del Viático, cuya costumbre se conservó ó fué restablecida en algunas Iglesias, como en la de Paris.

Varió esta costumbre en el siglo XIII segun el P. Mabillon, porque se levantaron entonces muchas opiniones erróneas acerca de este punto, que fueron condenadas en algunos concilios de Inglaterra. Se persuadieron que los que habian recibido una vez este sacramento, si recobraban la salud, no debian tener mas comercio con sus mujeres, ni tomar alimento, ni andar con los pies desnudos. Aunque fuesen falsas y ridiculas todas estas ideas, se prefirió, por no escandalizar á los sencillos, aguardar al último extremo para conferir este sacramento, y este uso fué prevaleciendo. Véanse los concilios de Worcester y de Excester, en 1287; el de Winchester, en 1308; Mabillon, *Act. S. Bened.*, *sec. 3, p. 4*.

La forma de la *Extremaunción* era antes indicativa y absoluta, como aparece por la del rito ambrosiano, citada por santo Tomás, S. Buenaventura, Ricardo de S. Victor, etc., en la actualidad se usa en forma deprecativa hace mas de seiscientos años. Se encuentra en esta forma en un antiguo ritual manuscrito de Jumiege, que tiene por lo menos dicha antigüedad, y sus palabras son las siguientes: *Per istam unctionem et suam piissimam misericordiam, indulget tibi Dominus quidquid peccasti per visum, etc.*; y es la misma en todos los rituales.

Este sacramento está en uso en toda la Iglesia griega, y se le llama *óleo sagrado*, con algunos ritos distintos de los de la Iglesia latina. Los griegos no aguardan á que los enfermos estén en peligro; van ellos mismos á recibir la *uncion* en la Iglesia siempre que están indispuestos. Arcudio los acusa por esta costumbre, l. 3, de *Extrema Unct.*, c. *últ.* Pero el P. Bandini, en su *Viaje al monte Libano*, distingue dos clases de *uncion* entre los maronitas: una se hace con óleo de lámpara bendita por el presbitero, esta se da aun á los que no están enfermos, y no hay verdadero sacramento en este caso; otra que solo es para los enfermos, y se hace con óleo que consagran los obispos el jueves santo, y esta es á lo que parece, la uncion sacramental de los maronitas.

No hay necesidad de profundas reflexiones para conocer lo conveniente que es procurar

á un cristiano en el artículo de la muerte todos los consuelos posibles, reanimar su fe, su esperanza, su valor y su paciencia: tal es el objeto de la *Extremunción*. Sirve á los párrocos de ocasión favorable para proporcionar á los pobres la asistencia y los auxilios temporales. No parece que estaban animados de estos sentimientos tan caritativos los que desvirtuaron del ritual este sacramento. V. *AGONIA*, *AGONIZANTE*.

**Ezequiel.** *El que ve á Dios.* Nombre de uno de los profetas mayores, hijo de *Bus*, de familia sacerdotal. Fué llevado cautivo á Babilonia por Nabucodonosor con el rey Jeconías, año del mundo 3403. Durante su cautividad le concedió Dios el don de profecía para consolar á sus hermanos; era de edad de treinta años, y continuó por otros veinte su ministerio.

Son muy oscuras sus profecías, singularmente al principio y al fin. Después de haber pintado su vocación, describe la toma de Jerusalen con todas las circunstancias horrosas que la acompañaron; el cautiverio de las diez tribus, el de la de Judá, y todos los rigores de la venganza que debía tomar el Señor contra su pueblo. Dios le reveló después los objetos mas consoladores, la vuelta del cautiverio, el restablecimiento de Jerusalen, del templo y de la república judaica, figura del reino del Mesias, de la vocación de los gentiles, y del establecimiento de la Iglesia.

Los incrédulos declaman contra muchas expresiones de este profeta. En los capítulos 16 y 23 describe la idolatría de Jerusalen y Samaria con la imagen de dos prostitutas, cuya lubricidad escandalosa está representada con tan vivas expresiones, que no puede tolerarlas la delicadeza de nuestras costumbres.

Deben observar los que fingen ensalzar tanto la indecencia del lenguaje de *Ezequiel*, que no se puede juzgar con prudencia de las

costumbres antiguas por las nuestras: en un pueblo de costumbres puras y sencillas el lenguaje es menos castigado que en los demás pueblos. Cuando hay poca comunicación entre los dos sexos, los hombres hablan entre sí con mas libertad. Los niños y las personas inocentes hablan de todo sin sonrojarse: no piensan que pueden sacarse malas consecuencias de sus expresiones. El deseo culpable de que se oigan sus obscenidades, es el que obliga á los impúdicos á servirse de expresiones equívocas para incomodar menos: así cuando mas depravadas son las costumbres, tanto mas medido y casto es el lenguaje en la apariencia. El de los hebreos, muy libre y sencillo, lejos de probar la corrupción de sus costumbres, demuestra precisamente lo contrario. Con el tiempo se convencieron los judios de que los cuadros que traza *Ezequiel* podían ser peligrosos para la juventud, por cuyo motivo á nadie permitian leer este profeta hasta la edad de treinta años.

Los mismos críticos sostienen por pura malignidad, que en el c. 4 mandó Dios á *Ezequiel* que comiese los excrementos humanos. Es una impostura. Para presentar de una manera evidente la miseria á que se verían reducidos los hebreos durante su cautiverio en la Asiria, manda Dios al profeta que haga cocer pan bajo la ceniza de estiércol de animales, y anuncia que los judios se verán precisados á comer pan cocido de esta manera.

Bien sabido es que en muchas regiones del Oriente donde escasea la leña, los pobres se ven obligados á cocer su alimento con estiércol de animales después de secado al sol, y que este modo de prepararlo le hace tener muy mal gusto. Para persuadir y comover á un pueblo tan duro é intratable como el de los judios, era preciso que los objetos saltasen á los ojos de puro claros: esto es lo que hace *Ezequiel*, y no por eso hay nada de indecente ni de increíble en su conducta.

## F

**Fábulas del paganismo.** Ha habido en nuestros dias incrédulos bastante temerarios para asegurar que los hechos sobre que está establecido el cristianismo, no están mejor probados ni son mas respetables que las *fábulas del paganismo*. Los paganos, di-

cen, tenían, lo mismo que nosotros, una tradición inmemorial, historias y monumentos que atestiguan que los dioses habian vivido entre los hombres, y que habian obrado todas las acciones que les atribuían los poetas. Platon decia que sobre estos hechos era necesario referirse á los antiguos que habian pasado por hijos de los dioses y debían conocer á sus padres. Aunque su testimonio, añadía, no esté apoyado en ninguna razon evidente ni probable, no debemos sin embargo desecharlo; puesto que han hablado de ellos como de una cosa evidente y conocida, debemos en esto atendernos á las leyes que confirman su testimonio. Así razonan todavía los teólogos.

A la verdad muchas *fábulas* eran indecentes y escandalosas, atribuían á los dioses crímenes enormes; pero con el auxilio de las alegorías se llegaba á darles un sentido razonable: no nos vemos nosotros obligados á recurrir al mismo expediente, ora para explicar el modo como nuestras Escrituras nos hablan de Dios, ora para excusar la conducta de muchos personajes que estamos acostumbrados á mirar como santos? Cuando los Padres de la Iglesia objetaban á los paganos las humillaciones y los sufrimientos de sus dioses, no veían que se les podía volver el argumento contra ellos; ninguno de los dioses del paganismo ha sufrido tantas ignominias, ni un suplicio tan cruel como Jesucristo, al que sin embargo atribuimos la divinidad.

Es pues muy probable que el cristianismo no ha hecho progresos mas rápidos entre los paganos, sino porque han hallado en él poco mas ó menos el mismo número de *fábulas*, de misterios, de milagros, de ritos y ceremonias que en el paganismo.

El exámen de este paralelo podría llevarnos muy lejos, pero bastarán algunas reflexiones para demostrar lo absurdo que es.

1º En el dia está casi demostrado que los dioses del paganismo eran personajes imaginarios, genios y no hombres, que nunca han vivido en la tierra; el politeísmo y la idolatría han empezado por la adoracion de los astros, de los elementos, de los seres físicos que se han supuesto vivos y animados. Apolo es el sol, Diana la luna, Júpiter el señor del trueno, Juno la inteligencia que levanta las tempestades, Minerva la industria que ha inventado las artes, Marte el genio que inspira valor á los guerreros, Venus la inclinacion que conduce al hombre al deleite, etc. Esto se halla probado no solo por la Sagrada Escritura, sino por los autores profanos, por el tejido de las *fábulas*, por la contradiccion de las narraciones poéticas, etc. Véase POLITEÍSMO

é IDOLATRÍA. Es por lo tanto imposible que ninguna historia, ningun monumento, ninguna tradicion haya podido demostrar la existencia de estos dioses fantásticos. Los pretendidos hijos de los dioses son los primeros habitantes de un pais, cuyo primer origen no era conocido, y que por esto mismo se llamaban hijos de la tierra. ¿Hay las mismas pruebas para demostrar que los personajes, cuya historia nos hacen los libros santos, no son mas reales?

Concebimos que muchos PP. de la Iglesia hayan razonado contra los paganos en la suposicion contraria; supusieron que los dioses del paganismo habian sido hombres, porque así lo pretendían los mismos paganos, y porque esta era entonces la opinion dominante; pero aquellos PP. que examinaron las *fábulas* mas de cerca han visto claramente que no habian nada de esto, que los pretendidos dioses eran inteligencias ó espíritus hijos de la imaginacion del pueblo y de los poetas. Podríamos citar con este motivo á S. Clemente de Alejandria, Atenágoras, Tertuliano, etc.

2º Los griegos han distinguido constantemente los tiempos *fabulosos* de los tiempos históricos; estaban bien persuadidos de que la pretendida historia de sus dioses era falsa é inventada por los poetas; una prueba evidente es la contradiccion de estos últimos, no convienen de ningun modo entre sí; han atribuido á sus personajes la geneología, el carácter, las aventuras que mas les han agradado; unos han colocado la escena en la Telesia, otros en la isla de Creta, muchos en el Egipto, algunos en el Oriente: se puede mostrar la misma oposicion entre los autores de la Historia santa?

Ninguno de los monumentos que se alegan entre los paganos, como los sepulcros, las estatuas, los templos, las fiestas, las ceremonias, no se remonta á la fecha de los sucesos para los que se quiere sirvan de demostracion; podemos convencernos de ello por la lectura de Pausanias. Las diferentes ciudades se disputaban la autenticidad de aquellos monumentos; cada una tenia su tradicion diferente de las demás, y reclamaba las mismas *fábulas*. Cuando citamos monumentos para apoyar los hechos de la Historia santa, demostramos que estos monumentos remontan á la época de los acontecimientos, y han sido establecidos á la vista de testigos oculares. Ninguno de los antiguos mitólogos ha tenido suficiente temeridad para asegurar que habia visto las maravillas que refiere; todos se fundan en una tradicion popular, cuyo origen es desconocido. V. HISTORIA SANTA.